

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, comercios, organizaciones, lugares y sucesos mencionados, más allá de aquellos de dominio público, son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *It Started With Christmas*

© Jenny Hale, 2018. First published in Great Britain by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

© 2023, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-30-9

Código IBIC: FR

DL: B 14.896-2023

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en noviembre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Jenny Hale

Sucede siempre en Navidad

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Capítulo 1

—Quiero pasar la Navidad en la cabaña.

La voz de la abuela surgió de la escalera oscura, sorprendiendo a Holly McAdams, que dio un respingo al entrar por la puerta principal. El calor de la casita contrastaba enormemente con el frío helador del exterior.

—¿Que quieres hacer qué? —preguntó Holly con amabilidad al ver a la abuela en lo alto de la escalera y comprender de forma plena la importancia de lo que había dicho.

Con un ruido sordo, dejó caer su pesado bolso junto a la pared, contenta de haber terminado la última noche de trabajo como camarera durante las vacaciones. Con las aglomeraciones navideñas, el restaurante en el que trabajaba había estado abarrotado desde la apertura hasta el cierre. Dado que era una de las mejores empleadas, había solicitado tener aquellos días libres para pasarlos con la abuela y se había entusiasmado cuando la dirección le había dado el visto bueno. Ya que se trataba de una época muy ajetreada, había tenido que convencer a su jefe, pero como él sabía lo mucho que trabajaba, incluso haciendo horas extras al margen de sus obligaciones, le había concedido los días. La cabeza le palpitaba, le dolían los pies y quería meterse en la cama, que estaría calentita, pero la abuela estaba abriéndose al fin, y eso era lo que había estado esperando que ocurriera.

—He estado pensando en cómo han cambiado las cosas —dijo la mujer mientras bajaba las escaleras y pasaba junto a ella. La petición que le había hecho pendía en el aire entre ellas.

—Eso está claro... —señaló ella. La voz se le fue apagando a causa de los recuerdos. Nada había sido igual desde la muerte del abuelo.

Se dio la vuelta para contemplar el salón diminuto de la abuela. Mientras se arrastraba detrás de ella, encendió una lámpara que había en la mesita del pasillo y, después, otras dos que había a cada lado del sofá en cuyo asiento central se dejó caer la mujer, y se envolvió con la manta que utilizaban durante las noches frías. La estancia quedó cubierta por un resplandor amarillento como la mantequilla. Holly presionó el botón que había bajo el árbol de Navidad, que se encendió y empezó a brillar en un rincón. Las luces blancas se reflejaron sobre los adornos que habían colgado juntas durante uno de los raros momentos de alegría de la abuela. Unas cintas rojas y brillantes serpenteaban entre la vegetación que había sobre la repisa de la chimenea y llamaban la atención sobre dos calcetines de punto grueso que tenían bordadas sus iniciales en un tono blanco como la nieve.

Miró fijamente a la abuela, sintiendo lo difícil que era tomar aquella decisión.

—No podía dormir —dijo la mujer. Ella la observó—. La idea no dejaba de darme vueltas en la cabeza, inquietante, resistiéndose a que me negara del mismo modo que suelo convencerme a mí misma para no hacer algo. Así que creo que estoy preparada.

Holly se apoyó en el alféizar de la ventana y respiró hondo. Aquella noche, los recuerdos del abuelo la asaltaban con fuerza. El horizonte de Nashville estaba repleto de rascacielos, todos ellos iluminados con motivo de las festividades.

Arthur McAdams, o «el abu», tal como Holly solía llamar a su abuelo, había sido un músico que componía canciones y actuaba en los bares locales. Nunca había conseguido lo que él denominaba la «Gran Oportunidad», pero, en una ocasión, había actuado en el Tootsies. Siempre había bromeado con ella, diciéndole que había tenido una vida plena gracias a aquella ocasión. Pero, en realidad, había tenido una vida plena porque había sido capaz de mantener a su familia adaptando algunas partes de sus canciones como poemas para tarjetas de felicitación, vendiendo otras y, de vez en cuando, alquilando la vieja cabaña familiar que tenían en las montañas de Tennessee

a aquellos turistas que querían estar lo bastante cerca de los bares de Honky Tonk Row, en Nashville, pero deseaban pasar las noches aislados.

—No he trabajado ni un solo día en toda mi vida —le había dicho en una ocasión con una sonrisa mientras golpeaba un clavo suelto de las tablas del suelo del porche delantero de la cabaña.

Para él, incluso las labores cotidianas que había que hacer allí habían sido un trabajo fruto del amor. Su abuelo había conseguido lo que mucha gente no había podido: mientras sus amigos iban a trabajar, él había ganado dinero haciendo lo que le gustaba.

Holly llevaba un año viviendo en la casa que tenían en la Ciudad de la Música. Cuando sus abuelos habían comprado el chalet en los años cincuenta, aquel barrio a las afueras de Nashville era pintoresco. Habían vivido en aquella casita, la habían ido pagando con el paso de los años y ninguno de los dos había pensado nunca en mudarse. Sin embargo, conforme la ciudad había ido creciendo y las casas habían ido envejeciendo, aquella zona había entrado en declive y ya no era un buen lugar para que la abuela viviera sola. Por no mencionar que, desde que había muerto su marido, la mujer se había sumido en un estado distante y callado y, por lo tanto, había necesitado compañía. Así pues, Holly se había mudado con ella, había anulado la matrícula en una escuela de diseño local y había aceptado un trabajo como camarera en uno de los asadores de lujo de Nashville.

La abuela no había estado en la cabaña del abuelo desde que él había muerto dos años atrás. Se había negado a poner un pie en la cabaña sin él. De hecho, la única vez que Holly había estado allí en los últimos años había sido cuando la había restaurado.

Aunque no lo habían descubierto hasta su muerte, el hombre había escrito y vendido canciones en Nashville con un pseudónimo, por lo que, al morir, les había dejado una herencia considerable. Como parte del dinero que había heredado, Holly

había recibido instrucciones para reformar la vieja cabaña de modo que pudieran alquilarla a tiempo completo. El hombre había pensado que si ella ayudaba con la decoración, la propiedad podría generar unos ingresos considerables gracias a los alquileres vacacionales que complementasen la jubilación de la abuela y le ofreciesen unos buenos ahorros que la mantuviesen el resto de su vida. Así se lo había hecho saber en una carta que había acompañado a su testamento.

Holly siempre había tenido buen ojo para el diseño. A menudo pensaba que aquella era la manera en la que el gen artístico de su abuelo se había manifestado en ella. Planificar, organizar y decorar eran cosas que le salían de forma natural. Cuando sus amigos se mudaban, le pedían que fuera de compras con ellos, y no podía recordar en cuántas de sus bodas había echado una mano. Había pensado en hacer algo con su talento, pero, al parecer, la vida tenía otros planes para ella.

Cuando se dio cuenta de que estaba ensimismada, se volvió hacia la abuela.

—¿La cabaña no está alquilada durante las vacaciones? —le preguntó.

Tras haber redecorado el interior y haber subido las fotografías a Internet, apenas podían atender todas las solicitudes de alquiler.

La abuela negó con la cabeza.

—Como te he dicho, llevo un tiempo pensando en ello, así que despejé la agenda a partir de esta semana por si reunía el valor para ir.

—Pero la nieve...

Aquel diciembre había batido récords: las gélidas temperaturas habían caído en picado y había más nieve de la que la zona había visto en décadas. Por todas partes había carreteras cortadas y Holly sabía que conducir por las montañas sería una pesadilla. Sin embargo, a pesar de que sus abuelos siempre habían vivido en la ciudad, sus corazones siempre habían residido en la cabaña. Se habían casado y habían pasado la luna de miel

allí. Y allí habían celebrado también las Navidades a lo grande con toda la familia.

¿Deberían ir? Pasar un tiempo allí podría sentarle bien a la abuela y, además, a Holly le daría la oportunidad de revisar el viejo granero donde estaban apilados los muebles originales y otros artículos de la casa que todavía tenía que etiquetar y o bien vender, o bien donar a la caridad.

La alternativa era quedarse en la casa de la ciudad durante la semana siguiente y que la abuela pasara otras vacaciones dándole vueltas al hecho de que no estaban en la cabaña como siempre y de que el abuelo no estaba allí con ella.

Ni hablar. No pensaba permitir que eso ocurriera.

—¿Sabes qué? —dijo antes de que le hubiese contestado—. Si quieres ir, iremos. Empaquetaremos todos los regalos, desmontaremos el árbol, lo ataremos a la parte superior de mi coche y lo pondremos en la cabaña. Prepararemos chocolate caliente, nos enterraremos bajo las mantas y haremos un maratón de películas hasta quedarnos dormidas. Leeremos todos esos libros que llevamos tiempo queriendo terminar, haremos pizzas en el horno y en ningún momento nos pondremos nada en los pies que no sean calcetines peludos. —Agarró las manos de la abuela y la levantó del sofá con cuidado. La manta cayó al suelo formando un bulto—. ¡Bailaremos al son de los villancicos y, cuando nos cansemos, iremos a visitar a Otis y a Buddy! Podemos llevarles galletas como solíamos hacer. —Hizo girar a la mujer y ese ceño fruncido que tan bien se le había dado vaciló un poco—. Incluso con la nieve, podemos llegar allí en menos de una hora. ¡Vamos a hacer las maletas!

—¿Ahora?

La abuela frunció los labios para reprimir una sonrisa.

—¿Por qué no? —Se sobrepuso al cansancio por el bien de la mujer—. Es tarde, sí, pero puedo desmontar el árbol y estar lista para partir en un par de horas. Si nos quedamos despiertas hasta la medianoche, a la mañana siguiente podemos dormir hasta tarde. En las camas puse edredones de plumas

extragruenos y sábanas de mil hilos. –La abuela abrió mucho los ojos–. Recuerda que el abu dijo que mejor que lo hiciera bien o, de lo contrario, tendría que responder ante él la próxima vez que nos viéramos.

Eso hizo que sonriera.

–Hagámoslo –dijo Holly.

Rodeó a su abuela con los brazos y la estrechó, emocionada, lo que logró que la mujer se riera. Aquel era el mejor sonido del mundo. Las cosas iban a ser increíbles de nuevo. Podía sentirlo. Y sabía que todo sucedería en Navidad.

Capítulo 2

Les costó un par de horas recoger la decoración y las luces, descolgar los calcetines, arrastrar al exterior el arbolito y la vegetación de la repisa de la chimenea, colocarlo todo dentro del coche y también encima, empaquetar los regalos, preparar las maletas y hacer el viaje.

La cabaña estaba justo al final de una carretera sinuosa que partía de un pueblecito de las montañas llamado Leiper's Fork, conocido por la hospitalidad sureña de sus habitantes aficionados a las botas, por sus galletas de suero de mantequilla calentitas, las ocasionales apariciones de músicos famosos y sus galerías de arte.

De camino hasta allí, las carreteras fueron traicioneras. La previsión del tiempo de la radio les informó de que la situación iba a empeorar y de que debían prepararse para pasar la Navidad en casa, advirtiéndoles de que muchas carreteras no serían transitables. Holly se lo creyó. Estaba nerviosa por tener que maniobrar con el coche, que patinaba en todas las direcciones. En silencio, rezó para que no les pasara nada a aquellas horas de la noche en medio de aquella carretera oscura y nevada que conducía hasta la cabaña.

Cuando llegaron al camino de acceso cubierto de hielo, ya era pasada la medianoche. Cuando al fin frenó y apagó el motor con las llaves de la cabaña en la mano, exhaló sin estar muy segura de cuánto tiempo llevaba aguantando la respiración. Tenía los hombros tensos a causa de los acontecimientos de la noche y estaba impaciente por entrar a la calidez acogedora que las esperaba.

—Quédate aquí —dijo, abriendo su puerta—. Enseguida vuelvo a buscarte.

Estaba oscuro como la boca de lobo. Encendió la linterna de su teléfono móvil para poder ver por dónde pisaba, ya que las botas se le hundían en la nieve esponjosa. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que lo que en un principio le había parecido hielo acumulado, hacía que todo el lugar pareciese un paraíso invernal. Sin embargo, sin una luz en el porche, seguía resultando difícil ver, por lo que volvió la linterna de su teléfono hacia la puerta de la abuela y tiró de la manilla.

–Vamos a entrar y ya pensaremos después qué vamos a hacer con el árbol. Probablemente, debería meterlo dentro lo antes posible, ya que sigue nevando.

La mujer asintió mientras le tomaba la mano y salía del coche con cuidado. Caminaron juntas hacia el porche y cada uno de sus pasos fue cauto y laborioso. Lo último que necesitaba la abuela era caerse allí fuera en medio de una tormenta de nieve.

Para cuando llegaron a la distintiva puerta principal roja que siempre hacía que se sintiera inundada por el espíritu navideño, Holly temblaba tanto que apenas pudo introducir la llave en la cerradura. Sin embargo, consiguió hacerlo y, con un chasquido, giró el pomo y encendió las luces.

–Voy a buscar las maletas –dijo mientras la abuela contemplaba el nuevo interior.

La tristeza que había aparecido en los ojos de la mujer nada más llegar seguía presente. No parecía demasiado contenta con las novedades. Era fácil darse cuenta de que echaba en falta la decoración antigua y familiar. Detuvo la mirada en una escultura de una guitarra de cristal que Holly, emocionada por el hecho de poder permitirse pagarla, le había comprado a un tratante de arte local.

Durante su infancia y juventud, la vieja cabaña siempre había tenido un lugar especial en su corazón. Había sido un lugar en el que descansar después de largos días de excursión, de pesca o de sentarse con sus amigos en torno a una fogata. En invierno,

habían jugado a juegos de mesa, habían colgado guirnaldas de palomitas de maíz en el árbol de Navidad y el abuelo había escondido los regalos por toda la cabaña para que los buscaran.

En el pasado, había estado decorada de forma sencilla, con muebles muy básicos y sin florituras. Sin embargo, ella había cambiado eso. Había pintado el interior, renovado la iluminación, comprado electrodomésticos de acero inoxidable con un horno doble y muebles de cocina nuevos, y había instalado suelos de madera y molduras en el techo. Después, había terminado la renovación con muebles en tonos crema, una iluminación suave y muchas referencias a Nashville y las zonas circundantes. Había cubierto las paredes desnudas con arte local y, para cuando hubo terminado, todo el lugar tenía un toque muy sureño. Era el lugar de retiro perfecto para atraer a los turistas.

A pesar de todo, entendía cómo se sentía la abuela, ya que a ella le había pasado lo mismo el primer día que había ido hasta allí para hacer los cambios. Aquel lugar era en el que los recuerdos del abuelo eran más fuertes. Recordó cómo la sentaba en su regazo cada vez que se retiraba a una de las mecedoras del porche para contemplar la puesta de sol y cómo ella se apoyaba contra él mientras se mecían con el sonido de los grillos cuando comenzaban su canción en medio del bosque todas las noches. En aquellas ocasiones se había sentido totalmente a salvo, como si nada malo pudiera ocurrirle mientras estuviera sentada con él.

—¿Por qué no te relajas en el sofá? —le sugirió a la abuela.

La mujer apartó la vista de la escultura para mirar a su nieta, pero, cuando sus ojos se encontraron, se dio cuenta de que tenía un gesto de inseguridad en el rostro. Con las piernas agarrotadas por el viaje, se dio la vuelta, se acercó al sofá de cuero color crema y pasó una mano arrugada por la superficie antes de sentarse en el borde.

Subiéndose el abrigo hasta la barbilla para evitar que el frío helador la asaltase, Holly salió de nuevo y sacó las maletas del

asiento trasero antes de cerrar la puerta del automóvil con el pie. Las subió por las escaleras del porche, sintiéndose agotada por el peso, y las arrastró por el pasillo hasta el dormitorio. Se dio cuenta de que la abuela seguía sentada en el borde del sofá con las manos en las rodillas y el ceño fruncido tan claro como el día. Tal vez solo estuviese cansada. Dejaría sus cosas en la habitación lo antes posible para que pudiera descansar. Después de todo, había sido una noche importante.

Incapaz de arrastrar las maletas ni un solo paso más, las dejó allí mismo, abrió la puerta del dormitorio y encendió la luz.

Para su más absoluta sorpresa, sus ojos se dirigieron con rapidez al centro de la estancia, donde un hombre se había incorporado de la cama a toda velocidad antes de levantarse de un salto, despejado del todo por la sorpresa. Aquello hizo que Holly gritase aterrada. Él se quedó inmóvil, claramente evaluándola, y pasó la mirada de su rostro a sus maletas. Cuando a ambos les quedó claro que el otro no suponía un peligro, el desconocido se pasó la mano por el pelo, confuso por el sobresalto.

Fue entonces cuando se fijó en su mandíbula cuadrada, la sombra de una barba incipiente, la oscuridad de sus ojos y el cabello espeso, negro como el carbón y cortado a la perfección. Parecía el modelo de una revista. Salvo por el hecho de que llevaba puesto un ridículo pijama plateado de rayas. Aunque incluso eso le sentaba bastante bien.

–Lo siento..., ¿has alquilado la cabaña esta semana? –le preguntó él.

Holly sacudió la cabeza. Le costaba encontrar las palabras mientras aquellos ojos, que parecían inquietos y curiosos, la miraban fijamente. Se aclaró la garganta e intentó centrarse en otra cosa para poder pensar de forma coherente, pero solo fue capaz de ver la marca de su cuerpo sobre las sábanas, lo cual hizo que le costase más concentrarse. Había invadido el espacio personal de aquel hombre, lo había despertado y las mejillas le ardían por la vergüenza.

–Mi abuela me había dicho que la cabaña no estaba alquilada esta semana –consiguió decir–. Somos las propietarias.

Él pestañeó de forma excesiva y Holly dudó de si estaba procesando algo o todavía intentaba despejarse. Al final, el hombre dijo:

–Entonces..., ¿estáis haciendo limpieza entre huésped y huésped o algo así? ¿A la una de la mañana? ¿Durante una tormenta de nieve?

–¿Qué pasa aquí? –preguntó la abuela tras ella, pillándola por sorpresa–. He oído un grito.

–Joseph Barnes –dijo él, presentándose.

La mirada de la mujer lo atravesó.

–Vamos a pasar la Navidad aquí.

–Tenía alquilada la cabaña la semana pasada y había pensado en llamarlas, pero la cobertura de mi teléfono ha sido un poco irregular. El aeropuerto está cerrado y me han cancelado el vuelo.

«Ah, sí». Holly recordaba haber ayudado a la abuela con aquella reserva. El hombre estaba allí solo. Era un importante asesor financiero de una empresa de Nueva York o algo así.

–¿Dónde está tu coche? –le preguntó. De pronto, se dio cuenta de que no habían visto nada en el camino de acceso que las hubiese alertado de que tenían un invitado.

–Vine en taxi desde el aeropuerto.

Joseph dio un paso hacia ellas, lo que hizo que Holly retrocediese y tropezara con las maletas. Él la agarró con un brazo fuerte.

Aturdida, se dedicó a colocar el equipaje contra la pared.

–Había pensado en pagarles el alquiler adicional. Siento mucho haberme entrometido en su tiempo en familia.

La abuela tomó aire de forma exasperada.

–Bueno, Holly y yo no vamos a marcharnos. No voy a volver a subirme a un coche con este tiempo ni en broma, así que tendremos que arreglárnoslas lo mejor que podamos durante un par de días.

–Todo saldrá bien –dijo Holly, aunque no estaba muy segura de cómo iba a poder hacer un maratón de películas con un desconocido acechando a su alrededor–. Abuela, tú y yo podemos compartir el otro dormitorio y Joseph puede quedarse en el que está.

El ceño fruncido de la mujer se profundizó mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la otra habitación.

–Estoy agotada –dijo–, así que vamos a ponernos en marcha y a deshacer el equipaje.

Holly se dispuso a recoger las maletas, pero Joseph se inclinó hacia delante y las agarró primero.

–Por favor –le dijo–, permíteme que te ayude. Lo lamento muchísimo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Se sintió impresionada por aquel gesto. «Qué considerado».

Ambos siguieron a la abuela, que ya había llegado al otro dormitorio y estaba allí de pie con las manos apoyadas en las caderas.

–¿Qué narices es todo esto?

La habitación estaba llena de cajas de cartón. Joseph pasó junto a la mujer, las ordenó, las colocó bien y apartó las cosas a un lado de la estancia.

–Son mis cosas –dijo.

Cuando hubieron metido las maletas dentro, mientras la abuela estaba en el baño privado, preparándose para irse a dormir, el hombre se giró hacia ella y dijo:

–Una vez más, lo lamento. Me siento fatal...

–¿Qué ibas a hacer? –contestó ella con una sonrisa de consuelo–. No ha sido culpa tuya.

–¿Necesitas algo más antes de que me acueste? ¿Más equipaje?

Pensó en la nieve que seguía cayendo en el exterior y en el árbol que estaba atado a su automóvil y se mordió el labio. Tras un día entero en el trabajo y el viaje, apenas tenía energía para ir a buscar el resto de las maletas y, mucho menos, el abeto gigante. ¿Debería atreverse a preguntarle?

Joseph se dio cuenta de su indecisión.

–¿De qué se trata? No me importa. Dímelo.

–¿Qué te parece bajar un árbol de Navidad de mi coche?

Claramente, la petición lo sorprendió e hizo que sonriera. La diversión natural que se reflejó en su rostro no logró más que asentar su opinión sobre lo guapo que era. De pronto, se había olvidado por completo de lo cansada que estaba.

Capítulo 3

—¿Qué te parece? —dijo Joseph desde debajo del árbol de Navidad, donde había colocado el tronco en el soporte antes de atornillarlo para que se quedara fijo. Se había puesto unos pantalones vaqueros, un suéter y las botas de montaña y había insistido en que permaneciera en la cabaña mientras él bajaba el árbol del coche. En aquel momento, tras haber dejado el abrigo y la bufanda colgados de una silla que había en un rincón, estaba tumbado en el suelo con los brazos estirados bajo el árbol, moviéndolo de un lado a otro—. ¿Está recto?

—Está perfecto.

Mientras él montaba el árbol, Holly preparó dos tazas de café para combatir el cansancio que ambos sentían. Se había emocionado tanto con la idea de salir de Nashville y llevar a la abuela a la cabaña que no había pensado en la parte de deshacer el equipaje y les habían dado las dos de la madrugada. Sin embargo, si hubieran dejado el árbol en el coche, al día siguiente lo habrían encontrado enterrado bajo la nieve y habrían causado un desastre al meterlo dentro.

Al ver todos los regalos y los innumerables ornamentos, Joseph le prometió entrarlos en la cabaña esa misma noche. Dijo que era lo mínimo que podía hacer después de haber modificado sus planes. La abuela se había ido a la cama y Holly le había dicho que ella también se acostaría pronto, en cuanto hubiesen terminado de entrar las cosas que habían llevado.

A pesar de todo, no le importaba que fuese tarde. Era agradable tener a alguien más o menos de su edad con quien poder hablar. Cuando no estaba trabajando, pasaba todo el tiempo libre con la abuela. Además, parecía un buen tipo. En realidad,

no tenía por qué hacer todo aquello y era evidente que estaba intentando compensarles por el malentendido.

Cuando hubo colocado todo, el hombre se acercó a ella, que estaba junto a la encimera de la cocina, y se sentó en uno de los taburetes de hierro que había encontrado de oferta en el centro. Le tendió una taza con una imagen desdibujada de una guitarra con las palabras «Ciudad de la Música» debajo, en letras mayúsculas y un color rosa neón. Él la tomó e inspeccionó el diseño con discreción, aunque ella se dio cuenta. De forma inconsciente, había usado la colección de tazas del abuelo que había escondido al fondo del armario en lugar de las fabricadas en horno de piedra y esmaltadas que había comprado para que hicieran juego con la vajilla nueva. Durante las Navidades que había celebrado con el abuelo, siempre había usado sus tazas para preparar chocolate caliente con nata y bastoncitos de caramelo.

–No sabía cómo tomas el café –dijo–, así que le he puesto un poco de leche y azúcar. Espero que te guste así.

–Está bien, gracias –contestó él.

Después, le arrebató la taza y se la llevó a los labios. Tenía un aspecto diferente con el suéter puesto. La prenda era de un color azul marino y resaltaba el tono un poco aceitunado de su rostro y sus ojos oscuros. Además, era mucho más estiloso que ese pijama que había llevado puesto. Era imposible negar que, sentado junto a ella mientras intentaba disimular la fatiga, era impresionantemente guapo.

–¿Has disfrutado de la estancia?

–Sí, bastante, muchas gracias. –Joseph dejó la taza sobre la encimera y miró alrededor–. Este sitio es increíble; muy relajante.

Sonrió, contenta de haber conseguido lo que había pretendido con la reforma.

–Me alegra oírlo.

–Desde luego, es diferente a Nueva York –comentó él con una risita.

Holly se rio demasiado fuerte e intentó reprimirse. La imagen de Joseph con su pijama plateado le había venido a la mente

y le había hecho gracia. Tal vez fuese la última moda neoyorquina, pero, desde luego, no era algo que el abuelo se habría puesto para pasar las Navidades en la cabaña. Además, con el tiempo que estaba haciendo, no debía de resultar muy cálido. Necesitaba una buena franela a cuadros.

–¿He dicho algo gracioso? –dijo él con interés.

Sin borrar la sonrisa, Holly negó con la cabeza.

–No, tan solo me he acordado de mi abuelo, que, sin duda, tenía un alma sureña, igual que este sitio. Recuerdo que, cuando pasábamos aquí los veranos, solía sentarse en el porche con las botas sucias tras haber ayudado a sus amigos a arar los campos –divagó–. Siempre tenía un trago en la mesa y una guitarra en las manos. Si mi abuela le hubiera dejado, se habría pasado el día sentado en ese porche.

De pronto, se dio cuenta de que había estado hablando de personas a las que Joseph no conocía, por lo que pensaba que quizá estuviera aburriéndole. Sin embargo, era como si aquella historia lo hubiera cautivado y sonreía mientras la miraba a los ojos. Le gustaba que hiciera aquello.

Él alzó la vista mientras inspeccionaba la estancia.

–¿Tu abuelo vivía aquí?

Probablemente, aquella historia no encajase con la nueva decoración.

–La remodelé después de que falleciera. Cuando venía aquí de niña, todo era más... rústico.

–Mmmm. –Joseph siguió mirando a su alrededor–. ¿Esto es cosa tuya? –Ella asintió–. Es muy moderno y profesional. ¿Eres decoradora?

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza mientras la inseguridad se apoderaba de ella. No se avergonzaba por el trabajo que tenía para ganarse el pan, sino por el hecho de no estar ocupada persiguiendo lo que de verdad quería hacer con su vida. El problema era que no estaba dispuesta a estar separada de la abuela, y hacer trabajos de decoración o empezar su propio negocio a tiempo completo implicaría tener que

trabajar a todas horas para hacer que la empresa despegase. El mero hecho de reformar la cabaña había consumido una gran cantidad de su tiempo.

–Soy camarera en un asador en Nashville.

–¿De verdad? –Pareció perplejo por aquella respuesta, pero se esforzó por mantener un gesto neutro—. Me parece que podrías dedicarte a la decoración de interiores sin duda alguna.

–Sí, es algo que me resulta fácil. También me gusta mucho planificar eventos. En realidad, cualquier cosa creativa. Pero no podría dedicarme a ello a tiempo completo.

Él sujetó la taza. Sus manos fuertes cubrían la superficie casi por completo, haciendo que pareciera mucho más pequeña que antes.

–¿Por qué? –preguntó.

Tal vez para él, con los millones de dólares que era probable que tuviera, fuese fácil empezar una nueva carrera desde cero, pero ella tenía facturas que pagar y una abuela a la que cuidar. Además, aunque intentase encontrar un trabajo en aquel sector, ¿quién iba a contratarla cuando no tenía ninguna experiencia?

–Me gusta ser camarera –contestó, solo para cambiar de tema.

Por el gesto de él, supo que no estaba de acuerdo, así que decidió interrumpir la conversación antes de que intentara convencerla de lo contrario. No necesitaba que un hombre cualquiera le llenase la cabeza de grandes sueños que se quedarían en nada y que le harían perder un tiempo y un dinero que podría estar gastando en hacer que la abuela tuviese una vida maravillosa. Ser camarera era algo seguro, pues le proporcionaba unos ingresos fijos y un número regular de horas.

–Me parezco mucho al abuelo: tengo un gusanillo creativo, pero me contento con ganarme la vida con normalidad.

No necesitaba nada sofisticado. El abuelo se había ceñido a esos ideales y había ahorrado lo suficiente como para dejarle a su familia una herencia bastante buena. ¿Dónde habría acabado todo ese dinero si hubiera ido por ahí intentando hacer algo grande?

Cuando se giró hacia Joseph para acomodarse, ignoró la mirada de incredulidad que había en sus ojos.

–Parece que tu abuelo era un tipo divertido –dijo él. Holly se alegró de que la hubiera dejado salirse con la suya.

–Lo era.

Solo mencionar al abuelo hacía que se relajara. Tenía ese efecto en la gente y era probable que aquel fuese el motivo por el que, desde su muerte, la abuela había estado tan tensa. Él había sido su rayito de sol y, cuando se marchó, ella había dejado de tener un motivo para sonreír. Sin embargo, Holly iba a esforzarse para que aquello cambiara.

–Tenía predilección por mi abuelo de forma natural, así que mis padres me dejaban pasar todos los veranos con él y con la abuela aquí, en la cabaña. Durante las vacaciones, siempre estaba con él. No puedo imaginarme la infancia con otra persona que no hubiese sido él. –Hacía siglos que no hablaba tanto con alguien–. Aunque supongo que todos los padres y abuelos son así. ¿Cómo es tu abuelo?

Él frunció los labios y alzó las cejas.

–Eh... –Parecía un poco extenuado, pero era obvio que se le daba bien mantener la compostura–. No conocí a ninguno de mis abuelos. Ambos murieron antes de que yo naciera.

–Vaya... Eso es muy triste –contestó, sintiéndose fatal por haber glorificado su propia infancia con el abuelo. No había pretendido parecer insensible–. ¿Y tu padre? ¿Cómo es?

–No... No hablo con mi padre.

–¿No? –No podía concebir la idea de que alguien no hablase con su propio padre–. ¿Por qué no?

Probablemente, no tendría que haberle hecho una pregunta tan personal, pero su curiosidad había sido mayor que su capacidad de control.

–No me parece que sea muy buena persona.

Joseph acercó su taza a la cafetera, la llenó y, después, le tendió la mano para que le diera suya. Se la entregó y se fijó en

el cansancio que se le reflejaba en el rostro mientras añadía la leche y el azúcar.

–¿Por qué no? –preguntó mientras él llenaba la taza.

Se estiró para hacerse con una cuchara y él le pasó el azúcar. Prepararon juntos más café mientras seguían hablando como si fuesen viejos amigos, algo que no ocurría a menudo cuando acababa de conocer a alguien.

Tras dejar los cafés en su sitio, Joseph echó los hombros hacia atrás y, después, los relajó como si estuviera liberando la tensión acumulada.

–Es solo una corazonada. No lo conocí. –Se volvió hacia la luz amarillenta que procedía de la otra habitación antes de que aquellos ojos oscuros volvieran a centrarse en ella–. Pero ya basta de hablar de mí. No quiero aguarle la fiesta. Después de todo, es Navidad.

Le dedicó una de aquellas sonrisas tan valiosas y, mientras la contemplaba en aquella ocasión, Holly se preguntó si era auténtica o, sencillamente, la tenía muy practicada.

Agarró la taza con ambas manos para entrar en calor. En medio de aquel frío, la vieja caldera estaba trabajando a máxima potencia y, aunque las habitaciones estaban caldeadas, era como si, de todos modos, una corriente invernal se arrastrara por ellas y le calase hasta los huesos. Se planteó sacar sus calcetines de lana gruesos de la maleta, pero no quería despertar a la abuela. En lugar de eso, se acercó a la taza, que estaba cubierta con carteles en miniatura de los bares del centro de la ciudad, con el de Tootsies en el centro.

Había disfrutado mucho aquella noche e, incluso con el frío, Joseph hacía que se sintiese calentita. Hablar con él le resultaba fácil y le gustaba cómo le hacía sentirse el hecho de tener su atención puesta en ella.

–No esperaba que te quedases despierto medianoche, poniendo el árbol de Navidad conmigo –dijo–, pero te lo agradezco.

–No pasa nada. De todos modos, últimamente no duermo demasiado.

–Yo necesito dormir mucho –añadió ella con una sonrisa–. Esta noche me ha retrasado una semana entera. Mañana, para la hora de la cena, ya estaré dormida; ya lo verás.

Tan solo estaba entablando conversación para que pudieran quedarse despiertos más tiempo, pero, en realidad, no creía que fuese a sentirse cansada mientras él estuviera presente.

Cuando mencionó la cena, su mente voló a la idea de compartir mesa con él. Podrían contarse historias y tal vez fuese lo bastante afortunada como para hacerle reír. La mirada que él le había lanzado en un par de ocasiones había sido tan cálida y sincera que podría haber derretido el hielo del exterior. Aquel visitante inesperado había aportado ya tanto aire fresco a la casa que no podía evitar tener la esperanza de que siguiera nevando.

Sin embargo, decidió que no tenía de qué preocuparse. Desde luego, a menos que por algún tipo de milagro el condado pudiera despejar las calles, iba a poder pasar más tiempo con él. Nadie se había preparado para la nevada que estaba cayendo, así que parecía que iban a tener que quedarse donde estaban.

–Hablando de la cena... –dijo él–. Nos queda muy poca comida. Quería intentar ir andando hasta el pueblo para buscar un mercado.

–Yo he traído un poco, pero, sí, a ver si mañana podemos acceder a la carretera principal.

Se estaba mostrando optimista, pero, en realidad, no tenía esperanza de que fuese así; ni siquiera a pie. Las carreteras estaban tan mal que casi no había sido capaz de llegar aquella noche. Además, los negocios estaban cerrados en todas partes y las noticias que habían escuchado en la radio del coche estaban repletas de accidentes tanto en la I-65 como en muchas de las carreteras secundarias.

Pensándolo de nuevo, el mero hecho de intentar conducir en medio de aquel caos había sido una estupidez, pero hacía dos años que la abuela no se había mostrado tan esperanzada. Holly se preguntó si, aquellas Navidades, de manera inconsciente, la mujer solo había querido sentirse más cerca del abuelo. Sin em-

bargo, mirando alrededor, se dio cuenta de que allí no quedaba nada de él excepto la petición que le había hecho de reformar el lugar, que parecía presente en cada superficie. Además, no solo no podían volver a casa, sino que estaban atrapadas con Joseph Barnes y, si bien a ella no le importaba en absoluto, se preguntó cómo reaccionaría la abuela por la mañana.

Dio un sorbo a su taza y se dio cuenta de que empezaba a sentir el estómago vacío.

–Llevo despierta mucho tiempo y la mención de la comida...

–Se volvió hacia él–. Empiezo a tener hambre...

Él miró en dirección a la despensa, pensativo.

–Me quedan unas porciones de un pastel de boniato que compré durante mi estancia. Podríamos comer un poco.

No pudo evitar la sonrisa que se le formó en el rostro al pensar en que Joseph se había comprado un pastel para él solo.

–¿Tienes pastel de boniato? Qué sueño por tu parte.

Él le dirigió aquella mirada inquisitiva que ya le había visto antes.

–Nunca lo había probado y tenía buena pinta.

–¡Es que está muy bueno! En realidad, es mi favorito. Prefiero el pastel de boniato antes que la tarta. Ponle una vela y mi nombre encima y está lista para mi cumpleaños.

Él se rio.

–Bueno, en tal caso, sí que tenemos que tomar un poco con el café.

–No voy a oponerme a esa sugerencia ni en broma.

Joseph abrió la puerta de la despensa y sacó una caja con una tapa transparente que revelaba dos tercios de un pastel de aspecto divino. Mientras se giraba para tomar un cortador de pasteles del cajón, Holly pensó en los inconvenientes que aquella tormenta debía de estar causándole a él también. Se había preocupado mucho por ellas, pero él también estaba allí atrapado con unas desconocidas, incapaz de volver a casa.

–¿Joseph? –dijo para llamar su atención.

Él se dio la vuelta, posó sus ojos en ella y, antes de decir nada, un pensamiento atravesó su mirada.

–Por favor, llámame Joe; todo el mundo me llama así.

¿Acaso aquel momento de compartir historias había hecho que a él ya no le pareciese que eran unos desconocidos? Le gustaba aquella idea.

–Joe –dijo, probando el nuevo nombre en los labios–, lamento que estés aquí atrapado con nosotras. Estoy segura de que te gustaría pasar la Navidad en casa.

Hubo un cambio en la expresión de su rostro. Entonces, asintió y, sin responder, volvió a centrarse en el pastel, lo que hizo que ella se preguntara si había dicho algo demasiado personal. Antes había comentado que no hablaba con su padre... ¿Acaso no tenía a nadie con quien pasar las fiestas? Seguro que tenía una familia a la que visitar.

–Aquí tienes –dijo, pasándole un pedazo de pastel. El olor a canela que desprendía era la perfección absoluta. Él tomó su trozo y se sentó junto a ella–. Me alegra poder compartirlo. No estaba seguro de cómo iba a comérmelo todo. –Se volvió hacia su plato y admiró aquel pedazo dorado de delicia azucarada–. Aunque, desde luego, pensaba intentarlo.

Holly se rio.

–Sin duda, yo podría comerme un pastel de boniato entero si me lo propusiera. –Cortó un trozo, le dio un bocado y tragó–. El sabor me lleva de vuelta a la infancia. La abuela solía hacer montones de pasteles para los albergues para personas sin hogar e íbamos juntas a entregarlos. –Se había olvidado de aquello hasta ese momento–. Hace tiempo que no lo hace.

–Es un gesto muy amable –comentó Joe, cuyo trozo de pastel ya había perdido la punta. Cortó otro bocado.

–Podría estar bien involucrarla en algo así de nuevo. Desde que murió el abuelo hace un par de años, ha estado deprimida. Por eso estamos aquí: para que cambie de aires y, con suerte, para subirle el ánimo con el ambiente navideño.

Joe asintió, pensativo.

Ambos permanecieron sentados en silencio durante un rato y, cuando él se volvió para mirarla, Holly vio que tenía el rostro cargado de pensamientos profundos. Sintió una conexión instantánea con aquel hombre y deseó preguntarle qué era aquello que veía en sus ojos. La parte racional de su cerebro le decía que era ridículo, que tal vez la falta de sueño la había vuelto loca. Arrastró el tenedor por la superficie del pastel, dibujando un corazón.

Cuando hizo aquello, el ambiente cargado se dispersó y Joe escudriñó el dibujo que había hecho. Después, él hizo un pequeño garabato en su porción con su propio tenedor.

—¿Qué has dibujado? —le preguntó ella, inclinándose sobre el pastel.

—¿No lo adivinas?

Giró el plato hacia ella y Holly se dio cuenta de lo cerca que tenían los brazos, lo que hizo que se le erizara la piel. Vislumbró lo masculina que era su muñeca, la forma en que el reloj se le posaba sobre la piel y el sosiego de sus dedos. Además, por encima del olor del pastel, distinguió un rastro mínimo de su aroma especiado a sándalo mezclado con algodón limpio. Todo le resultó delicioso.

—¿Es una casa? —preguntó, tratando de mantener la atención en el pastel.

—¡Ja! ¡No! —Él entrecerró los ojos, como si estuviera intentando captar lo que ella había visto—. ¿Acaso no es obvio?

Cuando ladeó la cabeza para mirar mejor el dibujo, sus rostros quedaron muy cerca y la sonrisa natural de él hizo que se olvidase del hambre que tenía.

—¿Un lapicero? —A él se le escaparon unas carcajadas y sacudió la cabeza—. Dímelo —insistió, totalmente perpleja.

—¿Cómo es posible que no lo adivines? ¡Es un árbol de Navidad! A mí me parece que es una representación perfecta.

La hora tardía y el azúcar estaban haciendo que se sintiera inquieta, así que se rio a carcajadas.

–Lo siento, tendría que haberlo adivinado –dijo, bajando la vista hacia el árbol-barra-casa–. Ahora sí que veo un árbol –mintió.

Volvió a acercarse para mirarlo de nuevo y los dedos de él quedaron tan cerca de los suyos que casi podría habérselos acariciado. Quería hacerlo.

Sin previo aviso, él se puso de pie, apartándose de ella y llevándose consigo aquel momento. Holly intentó averiguar si había hecho o dicho algo para provocar aquel cambio tan brusco. Buscó una respuesta en su rostro, pero él no le ofreció ninguna.

–Nunca nos iremos a dormir si no terminamos de decorar el árbol –dijo Joe mientras se dirigía al salón.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que le había hecho quedarse despierto. Tal vez tuviera algo que hacer al día siguiente... Ni siquiera le había preguntado.

–Por favor –le dijo él–, termínate el pastel. Voy a empezar a desenredar más luces.

Holly bajó la vista hacia el corazón que había dibujado y, de pronto, se preguntó por qué lo había hecho. Le devolvía la mirada como un rayito de sol oculto tras las nubes. Aquella noche, había recibido una sorpresa a cada paso y, después de todo, juraría que podía sentir algo de magia navideña en el aire.